



OBISPO DE CARTAGENA

## Apertura del Año Jubilar de Abanilla

1 de febrero de 2026

Saludo al párroco de Abanilla, sacerdotes, religiosos y religiosas; queridas autoridades, Excmo. Sr. presidente de la Comunidad Autónoma; Sr. alcalde y corporación municipal; consejeras de Cultura y Turismo, y de Agricultura de la Región; Sr. fiscal general; delegado de Defensa; alcaldes; Sr. coronel de la 5ª Zona de la Guardia Civil y cuerpos de seguridad; presidenta de la Hermandad de la Santísima Cruz; presidentes de cofradías y hermandades... Un saludo a todos los abanilleros.

Hermanos:

Al comenzar este Año Jubilar para la ciudad de Abanilla nos llenamos de una profunda alegría al poner en el centro de nuestra vida a Jesucristo, Maestro, Señor y Salvador. Todos los peregrinos que se acerquen a Abanilla en este año de gracia y bendición abrirán con asombro sus ojos para contemplar a Cristo Jesús, al Rey del Universo. Un Rey muy especial, paradójico, que reina desde la Cruz. Nos lo ha explicado con entusiasmo san Pablo, que Cristo es imagen de Dios, primogénito de toda criatura, cabeza de la nueva humanidad, el primero en todo, en el que reside la plenitud de la vida y que el Padre «nos ha trasladado al reino de su Hijo querido» y nos hace compartir con él las riquezas de su luz y su libertad. La fiesta de hoy nos invita a mirar la Cruz, el trono de Cristo, con entusiasmo renovado, ilusionante, como el regalo que nos ha hecho nuestro Salvador, el Rey escatológico del Universo, el centro y la meta de todo lo que existe.

Cuando miremos la Cruz nos vendrá a la memoria todo lo que Jesús ha dicho: «Mi reino no es de este mundo». Él tuvo que ir corrigiendo la idea que tenía la gente de su realeza y del mesianismo. Se escapaba de esas situaciones, no caía en la trampa de evitar recordar a la gente que su misión es otra, la salvación de todos los hombres. Recordad que siempre dijo que él no había venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por todos. De él se dijo que «pasó haciendo el bien»: consolando, perdonando, curando, atendiendo, comunicando esperanza, dando testimonio de la verdad, salvando a todos de la muerte.

En este domingo escuchamos en las lecturas de la Palabra de Dios que son muchos los caminos que nos ha regalado el Señor para ser felices y es evidente que todos deseamos ser felices, aceptando el esfuerzo y los retos que haya que superar. El Evangelio de hoy va de esto, cuando escuchamos las bienaventuranzas: Dichosos los pobres en el espíritu, los sufridos, los mansos, los que tienen hambre y sed de justicia... porque de ellos es el reino de los cielos. El reino de los cielos será tuyo más tarde, porque ahora es necesario aceptar este reto de ser pobre de espíritu, manso, misericordioso, limpio de corazón... es decir, ser una persona humilde, sencilla, de gran corazón.

En el Evangelio se nos explica con claridad cómo tiene que ser nuestro estilo, aquello de «quien se humilla será ensalzado» (Lc 14, 11). San Agustín nos ayuda a entender estos consejos evangélicos y nos ayuda a ponerlos en práctica, porque nos conoce bien y dice, por ejemplo: «¿Estás pensando en poseer la tierra?, ¡cuidado, no seas poseído por ella! La poseerás si eres manso; de lo contrario, serás poseído. No abras el saco de la avaricia». Ya que la tendencia es quererla toda para ti y te engañas. San Agustín lo explica: «En esto consiste el ser manso: en no poner resistencia a Dios», porque el proyecto de Dios es mejor que el tuyo.

La enseñanza de Jesús en el evangelio se dirige expresamente a sus discípulos, es decir, a aquellos que están dispuestos, no solo a oírle, sino también a seguirle. Esta es una llamada a todos vosotros, hermanos de Abanilla, porque vais a tener una importancia capital en la tarea de recibir a muchos peregrinos, a los que andan buscando las razones de la presencia de Dios y también para los que quieren madurar en su fe. ¡Sois anfitriones de sueños y de esperanzas! Pero nuestra mirada sigue en Jesús, tened calma y pensad con atención lo que nos pide el Señor, porque él ya lo ha hecho antes, es decir, que él se hizo pobre por nosotros, lloró por Jerusalén, fue el manso Cordero que subió al árbol de la Cruz; nos enseñó lo que significa el hambre y la sed de la justicia de Dios y nos ha abierto su corazón para que entendamos en la tierra la misericordia del Padre. Él es, como dice Pablo, «nuestra paz», porque se ofreció por nosotros muriendo en la Cruz (Ef 2, 14-17). Jesús ha comenzado su predicación con una autopresentación que nos invita a seguirle. Las bienaventuranzas de Jesús son una de las páginas más valiosas, nuevas, comprometedoras y densas de toda la Biblia.

Si nos detenemos en la primera lectura, ¿qué escuchamos? Sencillamente, que Sofonías invita al pueblo de Israel a la moderación, a la pobreza, la humildad, la honradez, la búsqueda de la paz y la verdad, porque la solución de nuestro mundo no está en el tener, en poder, en el ser más que nadie..., sino en los que ponen su confianza en Dios. El salmista nos dice que en la presencia de Dios no van a ser felices los embusteros y los que se salen con la suya, sino los humildes, los que abren sus brazos para acoger, los que abren su corazón para ayudar a los peregrinos de la Santa Cruz. Dios ayuda a los que sufren, a los que están en búsqueda, mientras que «trastorna el camino de los malvados». El Señor nos da una lección en favor de la humildad, porque elige a personas que según los criterios de este mundo serían ineficaces, pero con su ayuda logran cosas notables. Las bienaventuranzas son palabras proféticas, que son válidas y eficaces a pesar de tener 2.000 años. La humildad y la confianza en Dios es la actitud personal ante Dios y ante los demás, esta es la clave de las bienaventuranzas según Jesús.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena